

plazo y son difíciles de palpar. Para muchos matrimonios, en las evaluaciones que hemos hecho, las reuniones y la lectura de la Biblia han supuesto una nueva visión de la fe católica. En la actualidad muchos papás, a la hora de inscribir a sus hijos no ponen ningún reparo a las exigencias requeridas y consideran normal el que con motivo de las Primeras Comuniones de sus hijos tengan que asistir semanalmente con su grupo a una reunión.

También hemos intentado expandir esta experiencia. Durante algunos años varios Colegios de las Hnas de la Consolación siguieron este sistema. En la actualidad algunas parroquias y colegios siguen este tipo de catequesis pero hace falta motivar más a los párrocos y docentes respecto a la urgencia de la catequesis familiar y coordinar más los esfuerzos que se están dando en diferentes partes.

Como aspectos negativos debemos destacar que la inseguridad reinante retrae a muchos representantes a inscribir a sus hijos. Vivimos en una zona popular y para muchos es una dificultad fuerte reunirse por las noches. Consideramos también que es una experiencia muy restringida. Un gran número de niños se queda sin hacer la Primera Comunión; aproximadamente el 80%. Pero ¿qué hacemos con los demás? ¿Qué es lo más importante, la cantidad o la calidad? Cuesta mucho también integrar al varón; en parte debido al machismo integrante y en parte a que muchas familias no están plenamente constituidas. Muchos grupos están formados mayoritariamente por mamás porque en su hogar el papá no existe. También constatamos que nos hemos centrado exclusivamente en un año de catequesis.

En conclusión diríamos que es preciso que los agentes pastorales nos arriesguemos hacia otras formas de evangelizar. Debemos pensar que los padres son los primeros responsables de la fe de sus hijos y que el papel que asume la parroquia o la escuela es meramente subsidiario. Por eso nuestros esfuerzos deben de estar abocados a la educación de la fe de los adultos, para así, indirectamente llegar a los niños. Los papás deben ser conscientes de que en la medida en que sean buenos ciudadanos y cristianos sus hijos también lo serán. Es con la vida y no con catequismos o métodos como se forman los niños. No pueden esperar que en la parroquia, o en la escuela o colegio religioso eduquen cristianamente a sus hijos si ellos no lo son. Aquí está pues la clave de la catequesis familiar. Labor difícil pero al mismo tiempo atrayente por realizar.

LA BUENA NOTICIA
NACE DEL PUEBLO

Irene Casique*

Ejercicio cristiano de la profesión

Al sentarme a escribir esta reflexión, la idea más clara que tengo es que, con toda certeza, debe haber muchas personas más apropiadas que yo para disertar sobre el modo en que se vinculan y alimentan entre sí el ejercicio de una actividad profesional y la opción de vida cristiana: la abogada entregada a la lucha por los derechos humanos, el educador que día a día enfrenta la dura cotidianidad de cualquiera de nuestras escuelas de barrio... tantos hombres y mujeres que han hecho de la lucha contra la mentira, la injusticia y el desamor, mediante la construcción de grandes y pequeños esfuerzos por una vida mejor, su oficio o profesión.

Frente a experiencias tan definitivas y claras como éstas ¿qué puedo decir yo? No hay en mí ni la claridad, ni la constancia, entrega o radicalidad que puede haber en otros. Sin embargo, creo que tengo una "virtud" que puede darle interés a esta reflexión: un ser común y corriente, que se enfrenta a mil cotidianidades, que con frecuencia atrapan mis mayores energías, más sensible que efectiva, con más dudas que certezas, más errada que ejemplar, pero definitivamente real. Y profesional y cristiana.

¿Por qué cristiana? Los que nos afirmamos cristianos compartimos una "buena nueva" que desde los roles de cada uno buscamos concretar en nuestras vidas, en nuestra maltratada sociedad. Esa buena nueva, que consiste en el Reino de Dios posible, es una experiencia de certeza, pero que al mismo tiempo requiere de nuestro empeño para construirlo, para hacerlo presente.

Y para ello contamos, fundamentalmente, con lo que en concreto somos: con todo lo bueno y también lo "malo", no sólo a nivel de individuos, sino, y fundamentalmente, de colectividad, de pueblo. Con lo que sabemos y esperamos, con nuestras verdades, nuestras esperanzas, y también, hay que admitirlo, con nuestras

pequeñeces, temores y contradicciones.

Y dentro de ese bagaje, la profesión, como elemento que pauta buena parte de nuestro quehacer, puede ser una herramienta valiosa en el esfuerzo de hacer realidad plena, tangible, y cierta, esa vida mejor, de verdad y justicia, a la que aspiramos. Y sería tal manera de asumirla la que la dotaría de un sentido cristiano.

Pero formular este planteamiento así, en términos generales, sin entrar en consideraciones concretas y desde un plano teórico permite que parezca sencillo lo que en la práctica diaria resulta, con frecuencia, complicado de asumir y vivir. Y es aquí donde quiero detenerme un poco, en hacer explícitas algunas de mis dificultades e inquietudes.

LA "RESPONSABILIDAD" DE SER PROFESIONAL

A menudo quisiera, fervientemente, creer que simplemente, por ser cristiana todo lo que hago es, porque sí, inherentemente cristiano; que el cristianismo es algo así como un apellido o un sello indeleble. Que finalmente lo que importa es ser honesto y responsable en la propia profesión, y en la vida. Creerlo me liberaría de muchas inquietudes..., pero no puedo hacerlo. Y es que, no sé si para bien o para mal, el sentimiento más fuerte que dejó en mí la formación cristiana, respecto a mi autocomprensión como profesional, es que por serlo tengo una gran responsabilidad con respecto a mis semejantes.

Desde de niña se me repitió, una y otra vez, "mi carácter de ser privilegiado, que debe responder y dar en la medida (o más) de lo que ha recibido" (la parábola de los talentos era el instrumento central para esta enseñanza), para que yo pueda ahora deshacerme, así por así, de tal sentimiento. Y si digo que no sé si es para bien o para

mal este "sentimiento de responsabilidad", es porque si bien ayuda a mantenerse atento a la propia misión, también (y admito que no sé si la responsabilidad es de las Hermanas de Tarbes o por mi manera de asumir las cosas) actúa a ratos como sentimiento de culpa, carga de conciencia, y contra el que, he de confesar, entonces me revelo. Pero bueno, refida o no con él, constituye ciertamente, mi punto de partida en cualquier intento consciente de relacionar mi cristianismo y mi profesión.

Y si, ahondando en la idea de la responsabilidad, me preguntó ¿respecto a qué?, ¿respecto a quién?, me doy cuenta de que, aunque el sentimiento ha sido permanente, el referente ha ido cambiando al ritmo de los tumbos de mi fe: de un "prójimo" a un "próximo", del "hermano" y "desvalido" al "pobre", "analfabeta", "desempleado", "explotado"... PUEBLO.

HACER AL PUEBLO PRESENCIA ¿EN LA OFICINA?

Y es aquí que se me pone difícil la cosa: conectar al objeto concreto de mi responsabilidad con mi quehacer profesional. Y conectarlo no sólo como el "beneficiario", directo o indirecto, de mi trabajo (alguna vez creí que era así), sino como sujeto privilegiado para experimentar la presencia de Dios, la esperanza; como eje y compañero de un camino de construcción del Reino de Dios. Y la dificultad de hacerlo es que creo que para ello mi vinculación con él no puede ser simplemente la relación con un "objeto de estudio", visible desde la ventana, sino que siento debe ser presente, con nombre específico: María... o Juan.

Y de lo que no estoy segura es que vivir esa relación con el pueblo sea posible desde y en el ejercicio de toda profesión... La duda puede parecer ridícula, pero es relevante para mí. Y quiero explicar por qué.

No tengo ninguna duda de que hay profesiones cuyo ejercicio resulta más fácil de conjugar con los sentimientos y convicciones de un cristiano, al tener aquellas un contenido de servicio más explícito y al facilitar la relación directa con los más necesitados. Creo que esta idea no es ninguna tontería; no estoy diciendo que haya profesiones más cristianas que otras, pero sí que el ejercicio de algunas nos

involucra más necesaria y directamente con las necesidades de aquellos por los que pretendemos optar preferencialmente. Y aunque ello en sí puede no significar nada (no necesariamente soy cristiano por ser maestro, médico o trabajador social) creo que facilita la comprensión del ejercicio profesional como ejercicio cristiano, y la realización de ambas dimensiones en un mismo ámbito y tiempo.

Sin embargo, en mi caso, profesional en el área de la investigación demográfica, y en el caso de todas aquellas profesiones que por su naturaleza no involucran un trabajo directo con las personas, la asociación entre lo cristiano y la profesión se me hace menos obvia (o al menos más complicada). Y es que creo que entonces es más fácil caer en una dinámica de trabajo en la que no se tiene siempre claro el sentido último de cada una de las tareas que se realizan, e incluso tal sentido puede simplemente no existir. Es terriblemente fácil dejarse llevar por las numerosas tareas: la reunión, el proyecto aprobado, el aprendizaje de una nueva técnica,...etc., sin que sintamos la necesidad de ver más allá, de evaluar el significado de la propia tarea.

Por supuesto, tal posibilidad existe en cualquier profesión, pero en mi comprensión del cristianismo, más concretamente de un cristianismo liberador, creo que el contacto con la gente, con el pueblo, tiene un papel fundamental insustituible; más necesario, quizás, para aquellos que nos reconocemos frágiles, fáciles presas de un sistema individualista y alienante. Creo que es este contacto el que nos puede permitir reorientar y alimentar continuamente un compromiso por los pobres real, concreto. ¿Pero cómo tenerlo cuando el propio trabajo limita tal posibilidad? ¿Cuando cerca de dos terceras partes de mi tiempo efectivo se desarrolla en una oficina?

¿DIVIDIR O INTEGRAR ESPACIOS DE ACCION?

Frente a este sentimiento me he planteado, en distintas ocasiones, el desarrollo de actividades alternativas al trabajo profesional, como fórmula para dar cabida a vivencias y dimensiones que resultan difíciles de experimentar en mi ámbito profesional; compromisos extras en los tiempos libres, como programas de alfabetiza-

ción, de reeducación de jóvenes delincuentes, catequesis, participación en alguna organización por los derechos humanos.

La experiencia vivida en esas actividades ha sido muy importante; efectivamente me permiten alimentar mi espiritualidad, profundizar convicciones, ver y sentir desde la piel de otros la realidad que es de todos. Sin embargo, al mismo tiempo, se me plantean también nuevas tensiones, ya que finalmente son experiencias a ratos, paralelas a otras actividades y me llevan a conflictos inherentes a la necesidad de jerarquizar esfuerzos y tiempos entre una y otra cosa, y con frecuencia a tener que optar por una sola.

Entonces, desde nuestra condición de profesionales que queremos asumir la profesión como parte de nuestro quehacer y ser cristianos ¿qué hacer? Los amantes de las cosas claras y definitivas tenemos que aceptar que no hay tal tipo de respuesta para esta pregunta. Defraudando a los que hubiesen esperado una propuesta definida (a mí misma entre ellos), creo que la respuesta, definitivamente personal, va en función de las circunstancias concretas de cada quien y de cada momento de nuestra vida. Y hay para quienes la fórmula de "repartirse" parece funcionar y otros para quienes sólo la opción radical es admisible.

En cualquier caso, y en medio de la indefinición de un camino no hecho sino por hacer, en el que queremos conjugar lo profesional y lo cristiano tenemos, al menos dos cosas claras. La primera es que el desempeño profesional es un "ejercicio cristiano de la profesión" en la medida en que el mismo se vincula con un compromiso de hacer realidad un mundo de justicia, verdad y amor, desde el espacio lugar de cada quien. Y la segunda es que ese compromiso implica necesariamente tomar partido por los más necesitados y orientar hacia ellos los logros de nuestro trabajo, y por lo tanto requiere nutrirse de su presencia. Porque creo sinceramente que es el pueblo, con su inmensa carga de contradicciones: solidaridad, generosidad, dolor, agresividad... quien puede señalar las realidades más urgentes y nuestra responsabilidad frente a ellas de cambio y liberación.

* Socióloga, con especialización en Demografía y dedicada a la investigación en esta área en el Inst. de Est. Econ. y Soc. de la UCAB